

LOS NÁUFRAGOS

JEAN AMÉRY

LOS NÁUFRAGOS

TRADUCCIÓN DE JOSEP MONTER Y ESTER QUIRÓS

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA

La traducción de este libro ha recibido una ayuda
del Ministerio Austriaco de Educación, Ciencia y Cultura



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL EN LENGUA ALEMANA

Die Schiffbrüchigen

Primera edición: noviembre de 2013

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez

Imagen de la cubierta: *Pago del subsidio del paro por la NSDAP (Salzburgo, 20 de marzo de 1937)*,
foto de Annemarie Schwarzenbach

© J. G. Cotta'sche Buchhhandlung Nachfolger GmbH,
gegr. 1659, Stuttgart 2007

© de la traducción: Josep Monter y Ester Quirós, 2013

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2013

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15576-79-2 • DEPÓSITO LEGAL: V-2732-2013

ARTEGRAF, S.A. TEL. 91 471 71 00

ADVERTENCIA

Como proyecto de la primera edición original de la novela de juventud de Jean Améry (Hans Mayer) sirvieron unas 400 páginas tipografiadas procedentes de su legado en el Deutsches Literaturarchiv Marbach. La novela fue escrita probablemente entre 1934 y 1935.

UNA MAÑANA

Eugen despertó. La fría mañana de abril, blanca y trémula, se filtraba por la ventana. Fuera, la ropa ondeaba con fuerza en el tendedero. En la ventana de enfrente se veía al cartero subir la escalera con pasos lentos y pesados. Serán las nueve, pensó Eugen adormilado. Se apartó el pelo de la frente. Le daba igual reemprender a las nueve o más tarde el curso de su existencia de parado, llevar el fardo que durante la noche quedaba lejos, cuando estaba sumergido en el calor de su cuerpo, en ese ocultar su cabeza hirsuta entre las almohadas, en la tibieza de sus sábanas sucias.

Y sin embargo, qué penoso era el despertar diario. Cada vez, residuos de los sueños flotaban todavía en la superficie del día, que ya había enviado a un emisario del mundo real al cerebro indolente. Y, luego, las potencias diurnas se acercaban como una sucesión de rápidos golpes de martillo, y las cosas penosas y embarulladas, de las que no podía deshacerse el alma, aún casi inmaculada, presa todavía del soplo del alba, eran alejadas y enterradas, quedando unidas a las indiferentes, a menudo ridículamente estúpidas.

Cada despertar de Eugen era una lucha. Suponía vencer los dominios del sueño, del calor, de los desinhibidos deserezos. Desgarrar el velo púrpura y tosco de los sueños tardíos. Deshacerse de la voluptuosa calidez de sus propios miembros. Lo que él combatía era la gran y maravillosa indiferencia del adormecimiento. Tenía que apoyar a los emi-

sarios del mundo diurno contra la atracción de las profundidades.

Como si ya no hubiera tiempo que perder, como si tuviera que incorporarse a algún orden del día, Eugen saltaba de la cama todas las mañanas a las nueve. Y sin embargo, ante sí sólo se extendía la nada triste y mortífera de su jornada, que se esforzaba por llenar con sus últimas fuerzas. La nada nebulosa de hambre y soledad, que lo envolvía con su zumbido; horas de miembros fríos, labios secos y tenue vacío quejumbroso del corazón. Voz cansada...

Tiró al suelo el camisón y se quedó desnudo en su habitación, que se hallaba en la planta baja. En el patio, frente a su ventana, un mendigo afónico cantaba penosamente. Eugen dejó que el chorro de agua fría corriera por su cuerpo, y mientras el agua cristalina se llevaba los últimos restos del sudor de axilas y corvas, las húmedas sombras de sus sueños nocturnos quedaron reabsorbidas en su alma. Recogió la ropa esparcida por la habitación y se vistió. Como cada mañana, el estado de su ropa le ensombreció el ánimo. ¿Cuánto resistiría aún? El cuello y los puños postizos iban deshilachándose. Habría sido mucho más fácil salir sin el alzacuellos, símbolo para Eugen de su disfraz burgués. O dejar aflojada la bragadura, no apartarse el cabello de la frente, permitir que la grisácea suciedad oscureciera sus trajes y permanecer en las tabernas hasta la mañana.

Los días eran penosos. Sólo las noches tenían aún algo bueno. Hoy Agathe había dormido en su casa y se había marchado antes del amanecer, sin que Eugen se diera cuenta. Era estupendo no tener que dormir solo en su cama, y notar cerca del cuerpo la suavidad y el calor, abandonarse al cansancio. Ah, sólo en las noches que Agathe dormía con él disfrutaba de cierta serenidad y armonía, de recogimiento, de fe. Entonces, sí, aún podía decirse: la vida es buena; o la vida

es cálida, o es oscura. No había palabras para describir lo que suponía pasar el brazo por la cintura y la espalda de una mujer, notar un leve rastro de sudor en sus axilas, y hundir el rostro en una cabellera ajena.

Pero el día todo lo invalidaba. Lo que esas horas le aportaban, consuelo y patria, con la claridad diurna quedaba irremediabilmente lejos, y cuando pensaba en ello, a menudo sentía una dolorosa angustia.

Unos rayos de sol relucían débilmente en el patio. Los contornos descoloridos de los muebles iban perfilándose y abril, pálido y fresco, proyectaba su fría y desolada claridad en la prisión de Eugen.

El alba ya se había disipado por completo; el día, cruel y exigente, despuntaba. Eugen cogió su abrigo y abrió la ventana. Tenía que marcharse y dejar que el viento de abril, que penetró por la ventana abierta, barrera de la habitación los vestigios de la noche, los sueños y el olor de Agathe. Era el momento de enfrentarse a los titulares de los periódicos, a las pálidas chicas de las primeras horas, a los funcionarios y los perros que tiraban de las carretas de los carniceros. Eugen se encontraba ya en la calle.

Matar las siguientes horas le resultaba muy difícil. En ese mismo instante, Agathe estaba sentada, encorvada bajo una lámpara verde, copiando números de muchos papelitos de colores en un libro desmedidamente grande. Y no lejos de allí, sentado en un pupitre bajo, Heinrich Hessel escribía también cifras. Por diferentes que fueran aquellos números, en cuyos estrechos círculos vivían Agathe, la amante, y Heinrich Hessel, el amigo, los mantenía unidos el fino hilo de una existencia común. En efecto, reales habían sido las operaciones comerciales, que la pluma de Agathe convertía en abstracciones autónomas, como reales habían sido también las guerras, los cercos y las conquistas de ciudades, cuyos datos

anuales apuntaba fríamente Heinrich Hessel en sus azules cuadernos de notas. El 16 de enero un hombre había comprado y pagado cinco barriles de vino en la empresa donde trabajaba Agathe. Quizá fuera un hombre de baja estatura, rostro redondeado y enrojecido por el frío y gafas brillantes, gruesas y sin montura. Pero en el libro de Agathe no había más que un entrada fría y precisa, aunque clara: 16 de enero, M. Korn & Sohn, 5 barriles de borgoña A.

Tampoco de las cuentas de Heinrich Hessel se elevaba un olor a almacén, o un ruido de cascos de caballos. Y sin embargo Agathe, la amante, y Heinrich Hessel, el amigo, estaban entrelazados en una trama general (que puede llamarse sentido, vida o sociedad, poco importa el nombre), apoyados y sostenidos por una forma externa de las cosas. Guiados cuidadosamente por el curso predeterminado de sus horas, podían dejarse conducir donde quisieran: a un sueño cualquiera o a un paisaje lejano, daba igual, estaba ahí, y ellos lo seguían, hambrientos y con temor a perderlo.

En cambio, Eugen Althager flotaba en el vacío. Para él, los días en que había trabajado se habían perdido en un pasado anónimo. De la época en que había trabajado en una librería, sólo le quedaba un saber objetivo, formal, teórico. Del resto, su alma estaba libre de recuerdos. Hacía tres años de aquello: entonces su vida estaba estructurada, tenía una meta. Había tenido vacaciones, deseadas y esperadas, días laborables, tardes libres y domingos de recogimiento y meditación. Así como fiestas, cuya fuerza luminosa había palidecido con los años. La enorme cantidad de tiempo libre que hoy invadía su vida había sofocado en él cualquier idea de libertad. Contra dicha libertad mantenía una lucha enconada. Cada hora que le ganaba, era una victoria. Horas que, a pesar de su falta de sentido, no se hundían indignamente. Sus días eran claros y duros.

A veces, en los momentos peores de su desconsuelo, cuando por todas partes le llegaba la amenaza de un apático crepúsculo, buscaba la compañía de sus amigos. Entonces subía la limpia y luminosa escalera de casa de Heinrich Hessel. Y la madre de Heinrich le abría, tuteándolo con dulzura y simpatía. Seguía sentándole bien estar con Heinrich Hessel. Hacía dieciocho años que eran amigos. El primer día de escuela los habían puesto juntos, y ahora Heinrich estaba a punto de doctorarse. ¡Cuántas cosas habían sucedido desde aquel primer día! Infancia en el campo, con los juegos deslumbrantes en los vastos bosques. ¿Qué sabrán de eso los chicos de las ciudades, que llevan a cabo sus penosos y pobres juegos tras los arbustos polvorientos del parque, entre cubos de basura y tendederos en los patios traseros? Juntos habían escavado cuevas en los bosques, habían sido caballeros y exploradores. Más tarde, se separaron por un tiempo. Eugen, que había frecuentado las pequeñas aulas de un colegio de provincias, tuvo que aprender temprano un oficio, mientras que Heinrich pasó a un problemático instituto de ciudad. Cada vez que los amigos amenazaban con perderse, cuando entre ellos aparecían grandes diferencias de medios y formas de vida, el recuerdo de su pasado como caballeros y cazadores en el campo emergía victorioso.

La vida del amigo le quedaba muy lejos a Eugen Althager; esa existencia bien temperada en aquella casa burguesa, con sus imágenes nacaradas de Schubert, bibelots imposibles y herraduras doradas en las paredes. Quizás porque ese ambiente le resultaba lejano, perdido e irrecuperable, podía buscar a veces incluso refugio en casa de Heinrich contra las fuerzas que lo arrastraban cada día más al abismo. Por su modo de vida, Eugen seguía perteneciendo todavía a ese mundo que se denomina «burgués»; un mundo donde la gente tiene criadas y lleva los zapatos a reparar en cuanto

descubre el menor signo de desgaste; donde la gente siempre guarda camisas limpias en el armario y hace aspavientos ante la sola idea de comer dos días seguidos sopa de patatas. Pero sabía que ese mundo había dejado de existir; que también éstos, a quienes les iba mejor que a él, sólo representaban la comedia de un «mundo burgués»; que también entre ellos había mentira y disfraz, aunque siguieran llevando cuellos limpios y pulcros puños. Pues sabía bien que aquellos cuellos y puños estaban sucios y deshilachados por dentro, y sus trajes usados y remendados.

Esos otros, sin embargo, estaban convencidos de que aquello no era más que un tránsito, un pasajero error de cálculo de la providencia, que ésta pronto enmendaría. El buen Dios, que les hacía esa amarga jugada, pronto entendería que las cosas no podían seguir así. Y por eso llevaban sus trajes malos con orgullo y la cabeza bien alta, heridos pero llenos de esperanza.

Sin embargo, ya hacía tiempo que Eugen había entendido que su relación con aquel mundo perdido era sólo sentimental. Dicha relación iba unida a recuerdos de la madre, la niñez, el campo y las primas mayores, que jugaban felices al tenis y ahora eran esposas de contables que habían sido despedidos y ya no practicaban ese deporte. Pero también se entrelazaban recuerdos de épocas que él no había vivido: del período del cambio de siglo, objeto de una vana y ridícula adoración por su parte y que creía conocer por los libros de Hofmansthal y los cuadros impresionistas. Su idea de la burguesía estaba indisolublemente unida a un absurdo amor por la Austria de Schnitzler, a una apasionada añoranza de la Tubinga del joven Hesse.

Pero su honrada y fría razón sabía que no podía esperar nada de ello; que aquel error de cálculo seguiría sin enmienda.

Y por eso cada día pensaba más a menudo en poner fin a aquella comedia difícil y fatigosa, en dejar de ir al café con Heinrich Hessel (que era quien pagaba), en mandar a su casa a Agathe y llamar a una chica de la calle...

Mas enseguida todo volvía a parecerle absurdo e irrealizable. Qué proletario grotesco, qué chulo de opereta, qué tramposo de pacotilla, qué carterista de película mala sería yo, se decía.

Esos pensamientos se agolparon de pronto en su mente, en un desorden confuso de imágenes, sonidos inarticulados y vagos sentimientos, que parecían surgir de su estómago.

Lo que lo atraía de aquella otra forma de vida era todavía cierto romanticismo de la depravación, como si así quedara resuelta toda lucha por la vida, como si bastara el hecho de ser infame para asegurarse el sustento. Eugen no sabía nada de la dureza, de la violencia terrible con que se luchaba por la existencia en esos ámbitos del mundo. Seguía comiendo a mediodía un plato ligero en humildes restaurantes y durmiendo en una habitación sólo para él. ¿Qué podía saber del infierno indescriptible de los albergues para los sin techo, de cortezas de pan duro y de sopas mendigadas con manos enrojecidas en los grises y húmedos pasillos de las casas de alquiler? Y a esa chica de la calle, a la que quería proteger y que allí estaba para alimentarlo a él, como dice la canción, qué mal la conocía, lamentablemente mal... Todas esas ideas le venían quizá de las revistas y el teatro, pues había interiorizado las imágenes de actrices de piernas bonitas y chicas delgadas bien proporcionadas con largos vestidos ceñidos; imágenes de una decadencia vivaracha, amarga y graciosa a la vez.

Pero cuando caminaba de noche por las calles brumosas y oscuras de la ciudad, y se cruzaba con las figuras abotar-

gadas de las mujeres viejas, cuyas voces roncas lo incitaban; o cuando pasaba ante las chicas jóvenes, que habían sido hermosas alguna vez, pero ahora estaban destruidas y acabadas sin esperanza, su herencia burguesa, en la que ya no creía y consideraba ridícula, lo llevaba a apresurarse hacia casa. Por más superada por la indigencia y ridiculizada con la frialdad del entendimiento que estuviera, seguía viva. Por un misterio inexplicable ese atavismo seguía en pie, y lo sostenía.

Eugen se decía que en el fondo no era más que un «hombre joven». Un hombre joven con un claro y elegante abrigo de verano, cuyas numerosas limpiezas y el desgaste de los bordes sólo se hacía evidente al ojo cercano. Un hombre joven de porte respetable y buenas maneras. Sin duda, un joven «bien», que podía pasar por estudiante, joven doctor o funcionario superior.

Sin embargo, lo sacó de esos pensamientos un grito acusatorio, irritante como una sirena, que una gran multitud parecía clamar al unísono. Las manos, metidas en los bolsillos del abrigo, le temblaron ligeramente. Aspiró el aire despacio y profundamente. El rugido salvaje se acercaba cada vez más. Entonces entendió las palabras de ese grito de guerra infernal que, nacido en una época demencial, condenaba a muerte certera a un grupo humano. Pero no a una muerte humana. Aquel grito nada sabía de la fría nobleza de términos como «morir» o «tumba». No había en él eco alguno de las salvajes «matar» o «abatir». Aquel grupo humano no era más que ganado destinado a una muerte indigna. No se trataba de un enemigo que había que vencer, sino de una sardina que debía reventar.

De repente la calle empezó a transformarse por sí misma a una velocidad inquietante. A pesar de que el sol amarillo bañaba el adoquinado, pareció que oscurecía. El mundo

quedó vacío al instante. Las persianas se cerraron con estrépito. Los hombres se pusieron el sombrero y corrieron a refugiarse en sus casas. Pero algunas estaban cerradas con llave, y los que habían huido saltaban alrededor como conejos perseguidos. El griterío fue acercándose, elevándose como un trueno. Se desencadenó una tormenta de alaridos.

Un muchacho grande, rubio, con pantalones cortos de cuero y pesados zapatos claveteados repartía octavillas blancas. Un hombre joven de cabello oscuro, que sangraba profusamente, subía la calle seguido por un tropel de unos quince hombres con camisas pardas. Algunos agitaban sus palos.

¿Qué pretenden hacerle?, murmuró Eugen. Un insensato impulso lo llevó a solidarizarse con el hombre de cabello oscuro. Y entonces lo asaltó un pensamiento odiado: No me reconocen, menos mal... Pero ¿y si me reconocieran?

Eugen fijó la vista en un escaparate; vio su reflejo, sin color y transparente. ¿Acaso me parezco? No, no. Sin embargo, también acabaré siendo sospechoso, asimismo me perseguirán...

La calle pareció cobrar vida. El griterío se había alejado, apenas resonaba a lo lejos un eco sordo y rítmico. El fugitivo había hecho que tomara otra dirección.

Eugen sólo tenía una cosa clara: que se había comportado de nuevo de manera espantosa. Es cierto que habría sido absurdo enfrentarse a aquellos quince hombres para defender al desconocido de cabello oscuro, y correr así el riesgo de que lo mataran también a palos. Pero había algo más que no soportaba: se había distanciado del hombre mentalmente frente a aquellos quince. Y esa distancia no se reducía. ¡Qué le importaba a él el joven bailarín, el estudiante de derecho, que se haría cargo del reputado despacho de su padre! Sin embargo, frente a aquellos que habían perseguido al que sangraba, no había distancia que valiera. Estar contra ellos era ponerse del lado del perseguido, y él debía ponerse de ese lado, también ante sí mismo.